



LA CRÍA

Por José Luis Scarpelli

(Basado en el relato de Eneas Duncan, trovador imposible, guardián de los secretos de una Edad Media que unos pocos nunca lograremos olvidar)

El final llegó rápido, silencioso e imprevisible como un relámpago estallando desde el cielo despejado.

Aquel año, como todos los transcurridos y contados bajo el nombre de años justos desde la gran explosión que casi acabó con la vida en el planeta, estaban comenzando los preparativos para el gran concurso de pesca en la comunidad de Nohaycam, a orillas del mar oscuro que limitaba por el oriente el mundo conocido hasta ese momento. Toda la gente adulta del pueblo, y algunos viajeros llegados desde el interior de las tierras áridas, a muchos días de marcha hacia el poniente, venían a participar o al menos a observar aquel evento, que se realizaba a partir de los últimos cinco días de la tercera estación, justo antes de la temporada de lluvias. De esta forma se conmemoraba el fin de la etapa de trabajo más arduo en la comunidad, durante la cual se atrapaba, salaba y ponía a resguardo la mayor cantidad de pescado posible dentro de los galpones comunitarios, en previsión de los estériles meses subsiguientes. Aquel año la pesca había sido abundante, gracias a la generosidad del buen Dios, y a la piadosa ausencia de los demonios del mar; pero de todas formas se esperaba poca asistencia de participantes llegados de tierra adentro a causa de los serios conflictos surgidos a mitad de temporada en relación con los porcentajes de pescado seco que correspondían a la tierra árida como compensación por el



aporte de sal proveniente de sus territorios. Aun así la fiesta era esperada con ansiedad por los pobladores de Nohaycam, y sobre todo por aquellos pescadores cuyo prestigio y valor se jugaba año tras año en la justa principal del festejo, que ofrecía como único premio el cargo de consejero de la comunidad durante toda la temporada venidera, hasta el día del siguiente concurso.

- No -, dijo Loth. - No considero justo que un hombre no pueda demostrar su valor si así lo desea, aún a costa de su propia vida.

El enorme hombre, ancho y tosco, golpeó la mesa de la asamblea con su puño duro como el granito, buscando imponer temor y respeto entre los que escuchaban sus palabras. Fue casi una buena idea, porque los asombrados pescadores reunidos a su alrededor dieron un imperceptible salto hacia atrás, y sus bocas barbadas se agrandaron para protestar, aunque sin emitir sonido alguno. Todos ellos excepto uno, el anciano consejero Barden, que miró a Loth directamente a los ojos sin mover un solo músculo de su cara, con la expresión de un padre que está por reprender a su hijo más caprichoso y rebelde.

- Loth -, dijo con acento cansado. - Si fuera en esta apuesta solamente tu vida, con gusto me sentaría a observar la forma en que desperdicias tu juventud y el bienestar de tu familia en ese espectacular suicidio que planeas cometer. Pero sabes muy bien, como todos lo sabemos desde que llegamos a la edad de comprender una historia, que no puedes pasar con tu bote más allá de los picos gemelos que guardan la bahía. No porque signifique tu muerte, y ésta será tan segura como el dolor en los callos de mis viejas manos, sino porque ese acto acarreará consigo la destrucción del pueblo a manos de los demonios del mar, que la poderosa



mano de Dios mantiene fuera de nuestras aguas. Por lo menos así lo cuenta la leyenda que ambos conocemos, y que funda la ley que ha seguido esta comunidad desde hace más de cuatrocientos años. Así es que, si continúas con la idea de llevar tu barca de pesca en el concurso más allá del límite que marcan esos picos, te juro por mis centenarios huesos que moleré tu hueca cabeza y se la serviré esta noche a mi familia para la cena.

Y de esa forma concluyó la discusión, porque todos sabían que nadie podía enfrentarse impunemente a la autoridad del consejero de la comunidad sin atraer sobre sí la ira de todo el pueblo de Nohaycam, que Barden personalmente controlaba desde hacía por lo menos veinticinco temporadas. Aquel hombre de cabello plateado y acuosos ojos verdes poseía el fino sentido de orientación que los antiguos llamaban toque de pez, don que le permitía hallar los mayores bancos de peces vela, polfinos y nohaycamis, principal alimento de los habitantes de la comunidad. Barden era entonces, desde que Loth y los demás jóvenes tuvieran memoria, más que un simple Consejero de la comunidad. Para todos ellos, Barden era la boca del pueblo.

No contento con el rumbo que había tomado la discusión, aquella noche Loth volvió a visitar su lugar favorito en el pequeño puerto, un corte en la piedra del acantilado barroso al que él solo sabía llegar, desde donde se dominaba una increíble vista de la bahía y los picos gemelos. Ese sitio secreto se había convertido en su lugar de pensar, adonde se dirigía siempre que en su corazón y su mente se agitaban las mismas preguntas. Sentado sobre un estrecho banco de piedra tallado naturalmente en la ladera del acantilado, con las piernas blanceándose sobre el vacío que culminaba abruptamente diez metros más abajo en el mar, aquel pescador gigante con la imaginación de un niño se miraba el



muslo derecho, y comparaba la marca de nacimiento de color oscuro pintada por la naturaleza justo sobre su rodilla derecha con aquel doble monumento de piedra y metal que emergía de las aguas para marcar el fin de los dominios del hombre, y a la vez el comienzo de las praderas marinas donde regían los demonios del mar. Se decía que en tiempos de los antiguos, mucho antes de la gran eclosión, aquellos picos eran la cúspide de un inmenso templo llamado Catedral, levantado al borde de una extensa plaza embaldosada de plata, en la cual multitudes de fieles se reunían para alabar la gloria todopoderosa de Dios. Hasta decían que coronaba aquella iglesia una tercera torre, algo más baja, que portaba una cruz brillante que recogía del cielo la luz llamada electricitas, con la que luego iluminaba la ciudad de los hombres a voluntad. Todavía ahora esa electricitas caía esporádicamente del cielo durante las noches de tormenta, pero los nuevos pobladores de Nohaycam no sabían hacer uso de ella, porque habían perdido la gracia de Dios al desencadenar la gran eclosión, diez o doce siglos atrás. La ciudad de Plata, decían, aún se extendía por debajo y alrededor de los picos gemelos, acunada por las turbias olas del mar, y el cuerpo de hombre del Dios Dardrocha reposaba seguro en las entrañas de aquel templo Catedral. Pero nadie que Loth hubiera conocido en su vida había visto nunca nada de todo aquello.

La pierna de Loth llevaba impresa la imagen de aquel legendario edificio, con la tercera torre, su ventana circular y la cruz grabadas en la piel, aunque no se sabía bien qué forma habían tenido cuando aún estaban en pie sobre tierra firme, y la mayoría de los pobladores se apoyaba en el juicio particular y desprovisto de certezas de la mesiánica hechicera Zuna, partera de niños y concedora de las artes de la curación y la videncia, muerta cinco o seis temporadas atrás. Esa pobre mujer, descartada y finalmente aborrecida, había pedido la inmediata



ejecución del Loth recién nacido, al ver que portaba la marca en el momento de salir del vientre de su madre. La anciana había profetizando entonces que él traería la destrucción y la ruina al pueblo si no moría antes de cumplir treinta años. Lamentablemente, Zuna ya era muy vieja cuando Loth nació, y en su senilidad cometió errores que llevaron a la muerte a dos futuras madres con sus hijos todavía adentro de ellas. Fue sentenciada a muerte y ejecutada, y su cuerpo quemado y sus cenizas esparcidas por la playa, mucho antes de que Loth llegara siquiera a la mayoría de edad.

Loth observaba la espuma que destellaba sobre la cresta de las olas hacia el horizonte, donde se perdían entre las dos puntas casi imperceptibles que formaban los extremos de la bahía, apenas unas centurias más allá de los picos. Loth pensaba y miraba, miraba y pensaba. Pensaba que el consejero Barden no conservaría su vista y su instinto durante muchas temporadas más – esta posibilidad la presentían todos en la aldea -, y que pronto no habría otro hombre capaz en la comunidad para sucederlo. Pensaba, en consecuencia, que el siguiente consejero iba a ser él, *tenía* que ser él mismo, la profética marca en su pierna lo auguraba, y la única forma de demostrárselo a los demás era cruzando la frontera que imponían los picos gemelos, llegando más allá de lo que nadie había soñado llegar jamás. Loth pensaba ganar el concurso aplastando a todos sus adversarios con una inigualable demostración de fuerza y valor, capturando el mayor tonelaje de pescado conocido en la historia de Nohaycam, venciendo al mar y dominándolo para luego dominar a la gente que vivía de él. Loth, el pescador, miraba los extremos de la bahía imaginando cómo iba a salir de ella, cruzando la frontera prohibida para capturar con sus propias manos a un demonio del mar.

- Pero... ¿Alguien ha visto nunca a un demonio del mar?



El patriarca dejó caer un pesado silencio frente a la multitud de pescadores, mujeres y niños reunidos en las gradas del puerto, con la intención de dejar aquella frase grabada en sus cabezas durante un momento antes de proseguir. - ¿Alguno ha visto nunca el rostro de Dios?, prosiguió. - Yo les digo, hermanos y hermanas, que no esperen a ver para creer, y tocar para convencerse, porque el día en que se nos permita acceder al misterio, ése será nuestro último día, Dardrocha nos guarde y los demonios del mar nos perdonen...

Loth se permitió un gesto despectivo, lanzado sin disimulo al estrado donde el hombre más viejo de la comunidad finalizaba su discurso sermón de inauguración del gran concurso, dejando a la multitud dispersarse entre temerosa y esperanzada. Las ciento veintitrés barcas se disponían a partir, alineándose en el muelle de roca y palos asentado sobre una deteriorada cinta de asfalto que desde siempre los pobladores llamaban Circunvalación, aunque nadie conocía el origen de ese nombre. La Circunvalación estaba sumergida metro y medio por debajo de la línea costera. Los pescadores, visiblemente nerviosos, balanceaban en el aire sus arpones neumáticos y enrollaban sogas y redes de plasmatic en el fondo de sus correspondientes sistemas disparadores de catapulta, pegados a los largos remos que daban impulso y estabilidad a sus botes. Según el cronograma preestablecido, el consejero Barden sería el primero en partir, seguido por los demás pescadores ordenados según el sorteo efectuado unas horas antes de comenzar la competencia. Al igual que cada año, los afortunados primeros lugares se ubicarían en las cercanías de Barden, quien gracias a su habilidad volvía a encontrar año tras año el mejor lugar de pesca dentro de la zona segura, al resguardo de la bahía y sin pasar los límites que imponían los picos gemelos. Siguiendo la costumbre, todo aquel



que demorara luego de que sonara la señal que indicaba su partida, ya sea por distracción o por no tener sus aparejos en orden, perdía el puesto y pasaba al último lugar de la fila, siendo objeto de la risa de las mujeres y la burla de los niños hasta el momento en que le tocaba partir.

El patriarca de la Comunidad, que por su avanzada edad y su condición de religioso no competía en el concurso, dio la señal de partida para Barden, entre los gritos de júbilo de la multitud, y todos sin excepción volvieron la cabeza hacia el bote del consejero para verle partir. Pero Barden no se movió de su lugar, a pesar de estar preparado, ni dio señal alguna de que pensara hacerlo de inmediato. Pasados los primeros momentos de confusión, ante la mirada de interrogación general, expresó con gesto adusto:

- Bueno, muy bien. Ya he perdido el turno que me correspondía. Que siga el orden, y yo saldré el último.

Y entonces la gente comprendió que aquella sería la última competencia del consejero Barden, porque él así lo había decidido, y en esta postrer salida al mar deseaba conservar el último lugar para poder ver con sus gastados ojos quién sería capaz a su tiempo de conseguir el mejor lugar de pesca sin su premonitoria ayuda. Y lo aceptaron de esa forma, y lo dejaron hacer, porque entendieron que era lo más justo para todos, y entonces el siguiente pescador se hizo al mar. Y luego otro, y otro más, hasta que en el puerto desierto de barcas sólo quedaron dos hombres, uno mirando con sus verdes ojos acuosos la marca de nacimiento impresa sobre la pierna derecha del otro.



- Loth -, dijo Barden -, es tu turno. Debes salir ahora al mar, y te deseo toda la suerte del mundo, porque en tu destino confío más que en el de nadie, y creo que dentro de muy poco tiempo tu suerte será la de todos nosotros.

Loth torció el gesto en una sonrisa velada.

- Sabias frases, Consejero -, dijo. - Te doy mi palabra de que hoy trataré de cambiar la suerte de esta comunidad, de una vez y para siempre. Pero, por esta última ocasión, olvidemos los órdenes y salgamos juntos hacia la competencia, y que Dardrocha te guarde y los demonios del mar se apiaden de nosotros. Salgamos, pues, ahora, que el turno es nuestro.

Y se dieron la mano, y salieron del puerto en formación, cada uno en su barca, envueltos en un silencio que nadie de los que los contemplaba partir se atrevió a romper. Y avanzaron por entre las olas y los demás botes que iban tomando posición, cortando el agua en dos finas y limpias líneas paralelas que se desvanecían por detrás de sus botes. Y así llegaron juntos casi al límite de la zona segura, apenas por detrás de la frontera invisible, y Barden se felicitó a sí mismo interiormente porque, aunque seguía a Loth unos metros por detrás, supo desde un primer momento que el banco de los mejores peces se hallaría ese año a escasa distancia del límite de sus dominios, que era el lugar exacto adonde Loth se dirigía. Y cuando el hombre que intuía la acción de los peces se dio cuenta de que no era capaz de adivinar los oscuros motivos que movían a los hombres, ya era demasiado tarde.



El pescador inmenso, con su musculoso cuerpo tostado por el sol y su imaginación de niño ardiendo de ansiedad, dejó atrás al viejo consejero en la zona de pesca segura y se acercó a los picos que sobresalían unos metros por encima del agua, haciendo oídos sordos a los gritos de los otros pescadores y de todo el poblado desparramado a lo largo de la bahía de Nohaycam, que gesticulaba con los ojos llenos de pánico. Al pasar limpiamente por entre los monumentos, Loth alcanzó a ver bajo la superficie oscura del mar las murallas de ladrillo del imponente templo Catedral, cuya base se perdía entre las brumas del fondo, y casi percibió las formas de la plaza y los edificios de la ciudad de Plata, sumergida para siempre en las profundidades marinas. Y más allá de la plaza, el invisible suelo súbitamente desaparecía, hundiéndose en un insondable abismo.

- Bueno -, dijo Loth, en voz alta aunque para sí mismo.- Entonces todo era verdad. La ciudad debajo de los picos existe, y luego hoy voy a atrapar a un demonio del mar. Y tal vez hasta les cuente a esos cobardes que aguardan mi regreso, que aquí afuera he visto el rostro de Dios -.

Loth siguió adelante, cruzando con algún esfuerzo por entre el oleaje que se incrementaba luego de atravesar las puntas de la bahía y salir a mar abierto, y desplegó la catapulta que disparaba las redes y ayudaba a nivelar el bote mientras se esperaba la pesca. Cuando hubo recorrido una distancia que le pareció suficiente, a unas doscientas centurias pasando la frontera, armó el disparador y esperó a que su presencia fuese descubierta por los demonios del mar, o lo que fuese que habitara allí afuera. A lo lejos podía ver los botes de los demás pescadores, que le hacían señas con las manos o con pedazos de espejo que reflejaban la luz del sol, y más lejos aún se distinguían los puntos inmóviles que eran la gente del pueblo, todas las mujeres y los niños, a los que imaginó



reunidos y temblando de miedo, expectantes. Como había supuesto, nadie osó acercarse a menos de diez centargias por detrás de los picos gemelos, así que no se preocupó demasiado por ellos y siguió aguardando con paciencia, la sonrisa torcida y despectiva siempre a flor de labios.

Lejos, debajo de la superficie, un movimiento apenas perceptible comenzó a tomar forma, y poco a poco la mole de carne compacta fue surgiendo desde las profundidades como una inmensa nube negra que oscureció el mar alrededor del bote en un radio que superaba por veinte veces la superficie del mismo. Loth lo notó inmediatamente pero no tuvo miedo, porque eso era precisamente lo que estaba esperando. Los demás pudieron verlo instantes después, cuando salió a flote unas decenas de metros por detrás de la embarcación de Loth. Aquello era una especie de calamar de dimensiones pantagruélicas, que oscurecía el horizonte entre las puntas de la bahía, todo rodeado por tentáculos cortos y finos como pelos móviles rodeando su estructura cilíndrica, con círculos amarillos parecidos a ojos sin iris en un extremo, por encima de una boca roja abierta y sin dientes de la cual asomaba un manojito de barbas grises y algas muertas. Cada tanto el monstruo era recorrido por destellos de eso que los antiguos llamaban electricitas, y entonces el cielo se ponía violeta a su alrededor, y también el aire crepitaba un poco cuando eso pasaba. Aquella cosa debía medir por lo menos sesenta o setenta desargias por veinte de diámetro, de acuerdo con sus formas generales alargadas, y resaltando contra ese fondo la barca de Loth parecía apenas un juguete flotante pegado contra la inmensidad del cielo gris y movedizo.

Ignorando la gritería aterrada del pueblo y de los pescadores, giraban sus botes dirigiéndose velozmente hacia tierra firme, Loth preparó su más resistente arpón y su soga especial de plasmatic



trenzado, y rogó que las redes templadas fueran lo suficientemente extensas como para abarcar esa pared de carne que se alzaba frente a él. Luego apuntó con cuidado, inspiró fuertemente y disparó la catapulta.

Uno tras otro cayeron los hierros y las redes aquella mañana, y seguramente cualquier otro pescador no lo hubiese logrado, pero luego de seis horas y media de lucha solitaria la increíble monstruosidad marina se quedó quieta y murió calladamente, vencida por el valiente pescador Loth y las profecías que amparaba su marca de nacimiento. Extenuado pero feliz, Loth contempló las aproximadamente mil toneladas de carne de pescado y gloria obtenidos por él en una sola mañana de trabajo, seguro de que lo coronarían con el cargo de nuevo y eterno consejero de la comunidad, anulando para siempre la competencia en función de la increíble hazaña que acababa de realizar. Loth había dado muerte a un demonio del mar, él solo, y quizás ahora volvería al pueblo con su carga, a contarle a las gentes que había visto también al Dios Dardrocha asomándose entre las descargas de aquella electricitas. Y todos lo respetarían, y lo obedecerían hasta el fin de los tiempos, ex consejero Barden incluido.

Arrastrando por detrás de sí aquella inmensa mole bien sujeta en sus redes, con la que el bote apenas podía, Loth emprendió el regreso hacia el puerto, entreteniéndose de ver a la multitud reunida en el puerto, pescadores, mujeres y niños que lo esperaban silenciosamente. No sin cierta dificultad cubrió la distancia de mar abierto que lo separaba de los picos gemelos, y con mayor esfuerzo aún los cruzó junto con su carga, penetrando en la zona segura dentro de la bahía, ansioso por conocer la reacción de su gente. Entonces, cuando apenas habían pasado unos minutos del mediodía, cayó la noche sobre el poblado de Nohaycam.



Aquel ser portentoso cubría todo el cielo y el sol, y todo el horizonte por encima del mar estaba oscurecido ahora por su apabullante monstruosidad, de cuyos tentáculos nudosos provenía la única fuente de luz que permitía a Loth y a la gente del pueblo verlo. Una luz azul como de fuego frío, los ojos amarillos y las barbas grises en una boca roja abierta, tan grande como todo el puerto, y como toda Nohaycam hasta los límites de la tierra árida. Resaltando apenas contra ese enorme ser, la barca de Loth, y su demonio del mar, parecían apenas un grano de arroz pegado contra la inmensidad del cielo negro de una noche sin estrellas.

Loth, de pie en medio de su barca, viendo directamente el rostro de Dios en el infinito rayo de luz que se le abalanzaba, comprendió de inmediato que su fin había llegado, y que junto con él había arrastrado hacia la muerte a su familia y a toda la comunidad, que había confiado en él. También, un instante antes de vaporizarse en una nube azul junto con el pueblo de Nohaycam y todo el mundo conocido hasta ese momento, comprendió cuál había sido su error, y aún le quedó tiempo para pronunciar una última palabra.

- Maldición -, dijo.

Buscando atrapar a un demonio del mar, sólo había dado muerte a su cría.

Autor: José Luis Scarpelli; Argentina.
Relato inédito. Hyperespacio Andrómeda
www.libroandromeda.com

El autor ha cedido a Libro Andrómeda el derecho de publicación de esta obra en nuestra web, con la siguiente condición, de acuerdo con las



opciones de protección de los derechos de propiedad intelectual existentes para la difusión en Internet:

Reconocimiento – Sin obra derivada – No comercial: El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas.